

recen diablos muy honrados y muy hombres de bien.

LEONARDA.

Como no nos espanten, y si mi marido gusta, quédense en buen hora.

PANCRACIO.

Queden, que quiero ver lo que nunca he visto.

BARBERO.

Nuestro Señor pague á vuestras mercedes la buena obra, señores míos.

CRISTINA.

¡Ay, qué bien criados, qué cortesés! Nunca medre yo, si todos los diablos son como estos, si no han de ser mis amigos de aquí adelante.

SACRISTÁN.

Oigan, pues, para que se enamoren de veras.

(Toca el SACRISTÁN y canta, y ayúdale el BARBERO con el último verso no más.)

SACRIST. Oigan los que poco saben lo que con mi lengua franca digo del bien que en sí tiene...

BARBERO. La Cueva de Salamanca.

SACRIST. Oigan lo que dejó escrito de ella el bachiller Tudanca,

en el cuero de una yegua,

que dicen que fué potranca,

en la parte de la piel

que confina con el anca,

poniendo sobre las nubes...

BARBERO. La Cueva de Salamanca.

SACRIST. En ella estudian los ricos

y los que no tienen blanca;

y sale entera y rolliza

la memoria que está manca.

Siéntanse los que allí enseñan

de alquitrán en una banca,

porque estas bombas encierra...

BARBERO. La Cueva de Salamanca.

SACRIST. En ella se hacen discretos

los moros de la Palanca¹,

y el estudiante más burdo

ciencias de su pecho arranca.

Á los que estudian en ella

ninguna cosa les manca.

¡Viva, pues, siglos eternos...

BARBERO. La Cueva de Salamanca!

SACRIST. Y nuestro conjurador,

si es á dicha de Loranca,

tenga en ella cien mil vides

de uva tinta y de uva blanca.

Y al diablo que le acusare

que le den con una tranca,

y para el tal jamás sirva...

BARBERO. La Cueva de Salamanca.

CRISTINA.

Basta, que también los diablos son poetas.

BARBERO.

Y aun todos los poetas son diablos.

¹ Quizá deba ser «mozos de la palanca».

PANCRACIO.

Dígame, señor mío, pues los diablos lo saben todo, ¿dónde se inventaron todos estos bailes de la Zarabanda, Zambapalo y «Dello me pesa», con el famoso del nuevo Escarramán?

BARBERO.

¿Adónde?, en el infierno: allí tuvieron su origen y principio.

PANCRACIO.

Yo así lo creo.

LEONARDA.

Pues en verdad que tengo yo mis puntas y collar escarramanesco, sino que por mi honestedad y por guardar el decoro á quien soy, no me atrevo á bailarle.

SACRISTÁN.

Con cuatro mudanzas que yo le enseñase á vuesa merced cada día, en una semana saldría única en el baile; que sé que le falta bien poco.

ESTUDIANTE.

Todo se andará; por agora entrémonos á cenar, que es lo que importa.

PANCRACIO.

Entrémonos; que quiero averiguar si los diablos comen ó no, con otras cien mil cosas que dellos cuentan; y por Dios que no han de salir de mi casa hasta que me dejen enseñado en la ciencia y ciencias que se enseñan en la Cueva de Salamanca.

8

VIII.—Entremés del Viejo Celoso.

Salen DOÑA LORENZA y CRISTINA, su criada, y HORTIGOSA, su vecina.

LORENZA.

Milagro ha sido éste, señora Hortigosa, el no haber dado la vuelta á la llave mi duelo, mi yugo y mi desesperación. Este es el primero día, después que me casé con él, que hablo con persona de fuera de casa; que fuera le vea yo desta vida á él y á quien con él me casó.

HORTIGOSA.

Ande, mi señora doña Lorenza, no se queje tanto, que con una caldera vieja se compra otra nueva.

LORENZA.

Y aun con esos y otros semejantes villancicos ó refranes me engañaron á mí; que malditos sean sus dineros, fuera de las cruces, malditas sus joyas, malditas sus galas y maldito todo cuanto me da y promete. ¿De qué me sirve á mí todo aquesto, si en mitad de la riqueza estoy pobre, y en medio de la abundancia con hambre?

CRISTINA.

En verdad, señora tía, que tienes razón; que más quisiera yo andar con un trapo atrás y otro adelante, y tener un marido mozo, que verme casada y enlodada con ese viejo podrido que tomaste por esposo.

LORENZA.

¿Yo le tomé, sobrina? Á la fe diómele quien pudo; y yo, como muchacha, fui más presta al obedecer que al contradecir; pero si yo tuviera tanta experiencia destas cosas, antes me tarazara la lengua con los dientes que pronunciar aquel sí que se pronuncia con dos letras y da que llorar dos mil años. Pero yo imagino que no fué otra cosa sino que había de ser ésta, y que las que han de suceder forzosamente no hay prevención ni diligencia humana que las prevenga.

CRISTINA.

¡Jesús, y del mal viejo! Toda la noche «daca el orinal, toma el orinal; levántate, Crisínica, y calientame unos paños, que me muero de la ijada; dame aquellos juncos, que me fatiga la piedra». Con más unguentos y medicinas en el aposento que si fuera una botica. Y yo, que apenas sé vestirme, tengo de servirle de enfermera. ¡Pux, pux, pux, viejo cluenco!, tan potroso como celoso, y el más celoso del mundo.

LORENZA.

Dice la verdad mi sobrina.

CRISTINA.

¡Pluguiera á Dios que nunca yo la dijera en esto!

HORTIGOSA.

Ahora bien, señora doña Lorenza, vuesa merced haga lo que le tengo aconsejado, y verá cómo se halla muy bien con mi consejo. El mozo es como un ginja verde; quiere bien, sabe callar y agradecer lo que por él se hace; y pues los celos y el recato del viejo no nos dan lugar á demandas ni á respuestas, resolución y buen ánimo; que por la orden que hemos dado yo le pondré al galán en su aposento de vuesa merced y le sacaré, si bien tuviese el viejo más ojos que Argos, y viese más que un zahorí, que dicen que ve siete estados debajo de la tierra.

LORENZA.

Como soy primeriza, estoy temerosa; y no querría, á truco del gusto, poner á riesgo la honra.

CRISTINA.

Eso me parece, señora tía, á lo del cantar de Gómez Arias:

«Señor Gómez Arias,
doleos de mí:
soy niña y muchacha;
nunca en tal me vi.»

LORENZA.

Algún espíritu malo debe hablar en ti, sobrina, según las cosas que dices.

CRISTINA.

Yo no sé quién habla; pero yo sé que haría todo aquello que la señora Hortigosa ha dicho, sin faltar punto.

LORENZA.

¿Y la honra, sobrina?

CRISTINA.

¿Y el holgarnos, tía?

LORENZA.

¿Y si se sabe?

CRISTINA.

¿Y si no se sabe?

LORENZA.

¿Y quién me asegurará á mí que no se sepa?

HORTIGOSA.

¿Quién? La buena diligencia, la sagacidad, la industria y, sobre todo, el buen ánimo y mis trazas.

CRISTINA.

Mire, señora Hortigosa: tráiganosle galán, limpio, desenvuelto, un poco atrevido, y, sobre todo, mozo.

HORTIGOSA.

Todas esas partes tiene el que he propuesto, y otras dos más, que es rico y liberal.

LORENZA.

Que no quiero riquezas, señora Hortigosa, que me sobran las joyas y me ponen en confusión las diferencias de colores de mis muchos vestidos. Hasta eso no tengo que desear; que, Dios le dé salud á Cañizares, más vestida me tiene que un palmito, y con más joyas que la vedriera de un platero rico. No me clavara él las ventanas, cerrara las puertas, visitara á todas horas la casa, desterrara della los gatos y los perros, solamente porque tienen nombre de varón; que á truco de que no hiciera esto, y otras cosas no vistas en materia de recato, yo le perdonara sus dádivas y mercedes.

HORTIGOSA.

Qué, ¿tan celoso es?

LORENZA.

Digo, que le vendían el otro día una tapicería á bonísimo precio, y por ser de figuras no la quiso; y compró otra de verduras por mayor precio, aunque no era tan buena. Siete puertas hay antes que se llegue á mi aposento, fuera de la puerta de la calle, y todas se cierran con llave; y las llaves no me ha sido posible averiguar dónde las esconde de noche.

CRISTINA.

Tía, la llave de loba creo que se la pone entre las faldas de la camisa.

LORENZA.

No lo creas, sobrina; que yo duermo con él

¹ Repetido este que.

y jamás le he visto ni sentido que tenga llave alguna.

CRISTINA.

Y más, que toda la noche anda como trasgo por toda la casa; y si acaso dan alguna música en la calle, les tira de pedradas porque se vayan: es un malo, es un brujo, es un viejo, que no tengo más que decir.

LORENZA.

Señora Hortigosa, váyase, no venga el gruñidor y la halle conmigo, que sería echarlo á perder todo; y lo que ha de hacer, hágalo luego; que estoy tan aburrída, que no me falta sino echarme una sogá al cuello por salir de tan mala vida.

HORTIGOSA.

Quizá con ésta que ahora se comenzará se le quitará toda esa mala gana, y le vendrá otra más saludable y que más la contente.

CRISTINA.

Así suceda, aunque me costase á mí un dedo de la mano, que quiero mucho á mi señora tía, y me muero de verla tan pensativa y angustiada en poder deste viejo y reviejo y más que viejo, y no me puedo hartar de decille viejo.

LORENZA.

Pues en verdad que te quiere bien, Cristina.

CRISTINA.

¿Deja por eso de ser viejo? Cuanto más que yo he oído decir que siempre los viejos son amigos de niñas.

HORTIGOSA.

Así es la verdad, Cristina; y adiós, que en acabando de comer doy la vuelta. Vuesa merced esté muy en lo que dejamos concertado, y verá cómo salimos y entramos bien en ello.

CRISTINA.

Señora Hortigosa, hágame merced de traerme á mí un frailecico pequeñito con quien yo me huelgue.

HORTIGOSA.

Yo se lo traeré á la niña pintado.

CRISTINA.

Que no le quiero pintado, sino vivo, vivo, chiquito como unas perlas.

LORENZA.

¿Y si lo ve tío?

CRISTINA.

Diréle yo que es un duende, y tendrá dél miedo, y holgaréme yo.

HORTIGOSA.

Digo que yo le traeré, y adiós. (Vase HORTIGOSA.)

CRISTINA.

Mire, tía, si Hortigosa trae al galán y á mí el frailecico, y si señor los viere, no tenemos más que hacer sino cogerle entre todos y ahogarle, y echarle en el pozo ó enterrarle en la caballeriza.

LORENZA.

Tal eres tú, que creo lo harías mejor que lo dices.

CRISTINA.

Pues no sea él viejo celoso y déjenos vivir en paz, pues no le hacemos mal alguno y vivimos como unas santas. (Éntranse.)

Entran CAÑIZARES, viejo, y un COMPADRE suyo.

CAÑIZARES.

Señor compadre, señor compadre, el setentón que se casa con quince, ó carece de entendimiento ó tiene gana de visitar el otro mundo lo más presto que le sea posible. Apenas me casé con doña Lorencica, pensando tener en ella compañía y regalo y persona que se hallase en mi cabecera y me cerrase los ojos al tiempo de mi muerte, cuando me embistieron una turbamulta de trabajos y desasosiegos. Tenía casa y busqué casar; estaba pesado¹ y desposéme.

COMPADRE.

Compadre, error fué, pero no muy grande; porque según el dicho del apóstol, mejor es casarse que abrasarse.

CAÑIZARES.

Que no había que abrasar en mí, señor compadre, que con la menor llamarada quedara hecho ceniza. Compañía quise, compañía busqué, compañía hallé; pero Dios lo remedie por quien El es.

COMPADRE.

¿Tiene celos, señor compadre?

CAÑIZARES.

Del sol que mira á Lorencita, del aire que le toca, de las faldas que la vapulan.

COMPADRE.

¿Dale ocasión?

CAÑIZARES.

Ni por pienso, ni tiene por qué, ni cómo, ni cuándo, ni adónde. Las ventanas, amén de estar con llave, las guarnecen rejas y celosías; las puertas jamás se abren; vecina no atraviesa mis umbrales, ni los² atravesará mientras Dios me diere vida. Mirad, compadre, no les vienen los malos aires á las mujeres de ir á los jubileos, ni á las procesiones, ni á todos los actos de regocijos públicos; donde ellas se mancan, donde ellas se estropean y adonde ellas se dañan, es en casa de las vecinas y de las amigas. Más maldades encubre una mala amiga que la capa de la noche; más conciertos se hacen en su casa y más se concluyen que en una semblea.

COMPADRE.

Yo así lo creo; pero si la señora doña Lorencica no sale de casa ni nadie entra en la suya, ¿de qué vive descontento mi compadre?

¹ Acaso deba leerse «posado».
² le, en la edición príncipe.

CAÑIZARES.

De que no pasará mucho tiempo en que no caya Lorencica en lo que le falta; que será un mal caso, y tan malo que en sólo pensallo le temo y de temerle me desespere, y de desesperarme vivo con disgusto.

COMPADRE.

Y con razón se puede tener ese temer; porque las mujeres querrian gozar enteros los frutos del matrimonio.

CAÑIZARES.

La mía los goza doblados.

COMPADRE.

Ahí está el daño, señor compadre.

CAÑIZARES.

No, no, ni por pienso; porque es más simple Lorencica que una paloma, y hasta agora no entiende nada de esas filaterías; y adiós, señor compadre, que me quiero entrar en casa.

COMPADRE.

Yo quiero entrar allá y ver á mi señora doña Lorencica.

CAÑIZARES.

Habéis de saber, compadre, que los antiguos latinos usaban de un refrán que decía: *amicus usque ad aras*, que quiere decir: el amigo hasta el altar; infiriendo que el amigo ha de hacer por su amigo todo aquello que no fuere contra Dios; y yo digo que mi amigo *usque ad portam*, hasta la puerta, que ninguno ha de pasar mis quicios; y adiós, señor compadre, y perdóneme. (Éntrase CAÑIZARES.)

COMPADRE.

En mi vida he visto hombre más recatado, ni más celoso, ni más impertinente. Pero éste es de aquellos que traen la sogá arrastrando y de los que siempre vienen á morir del mal que temen. (Éntrase COMPADRE.)

Salen DOÑA LORENZA y CRISTINA.

CRISTINA.

Tía, mucho tarda tío, y más tarda Hortigosa.

LORENZA.

Mas que nunca él acá viniese, ni ella tampoco; porque él me enfada y ella me tiene confusa.

CRISTINA.

Todo es probar, señora tía; y cuando no saliere bien, darle del codo.

LORENZA.

¡Ay, sobrina!, que estas cosas, ó yo sé poco, ó sé que todo el daño está en probarlas.

CRISTINA.

Á fe, señora tía, que tiene poco ánimo, y que si yo fuera de su edad, que no me espartaran hombres armados.

LORENZA.

Otra vez torno á decir, y diré cien mil veces,

que Satanás habla en tu boca.—Mas ¡ay!, ¿cómo se ha entrado, señor?

CRISTINA.

Debe de haber abierto con la llave maestra.

LORENZA.

Encomiendo yo al diablo sus maestrías y sus llaves.

Entra CAÑIZARES.

CAÑIZARES.

¿Con quién hablábades, doña Lorencica?

LORENZA.

Con Cristinica hablaba.

CAÑIZARES.

Miradlo bien, doña Lorencica.

LORENZA.

Digo que hablaba con Cristinica. ¿Con quién había de hablar? ¿Tengo yo, por ventura, con quién?

CAÑIZARES.

No querría que tuviédes algún soliloquio con vos misma, que redundase en mi perjuicio.

LORENZA.

Ni entiendo esos circunloquios que decís, ni aun los quiero entender, y tengamos la fiesta en paz.

CAÑIZARES.

Ni aun las vísperas no querría yo tener en guerra con vos. Pero ¿quién llama á aquella puerta con tanta priesa? Mira, Cristinica, quién es; y si es pobre, dale limosna y despídele.

CRISTINA.

¿Quién está ahí?

HORTIGOSA.

La vecina Hortigosa es, señora Cristina.

CAÑIZARES.

¿Hortigosa y vecina? Dios sea conmigo. Pregúntale, Cristina, lo que quiere, y dáselo con condición que no atraviese esos umbrales.

CRISTINA.

¿Y qué quiere, señora vecina?

CAÑIZARES.

El nombre de vecina me turba y sobresalta; llámala por su propio nombre, Cristina.

CRISTINA.

Responda, ¿y qué quiere, señora Hortigosa?

HORTIGOSA.

Al señor Cañizares quiero suplicar un poco en que me va la honra, la vida y el alma.

CAÑIZARES.

Decidle, sobrina, á esa señora que á mí me va todo eso y más en que no entre acá dentro.

LORENZA.

¡Jesús, y qué condición tan extravagante! ¿Aquí no estoy delante de vos? ¿Hánme de comer de ojo? ¿Hánme de llevar por los aires?

CAÑIZARES.

Entre, con cien mil bercebúes, pues vos lo queréis.

CRISTINA.

Entre, señora vecina.

CAÑIZARES.

Nombre fatal para mí es el de vecina.

Entra HORTIGOSA, y trae un guadamecí, y en las pieles de las cuatro esquinas han de venir pintados Rodamonte, Mandricardo, Rugero y Gradaso; y Rodamonte venga pintado como arrebozado.

HORTIGOSA.

Señor mío de mi alma, movida y incitada de la buena fama de vuesa merced, de su gran caridad y de sus muchas limosnas, me he atrevido de venir á suplicar á vuesa merced me haga tanta merced, caridad y limosna y buena obra de comprarme este guadamecí; porque tengo un hijo preso por unas heridas que dió á un tundidor; y ha mandado la justicia que declare el cirujano, y no tengo con qué pagalle, y corre peligro no le echen otros embargos, que podrían ser muchos, á causa que es muy travieso mi hijo, y querría echarle hoy ó mañana, si fuese posible, de la cárcel. La obra es buena, el guadamecí nuevo, y con todo eso le daré por lo que vuesa merced quisiere darme por él, que en más está la monta, y como esas cosas he perdido yo en esta vida. Tenga vuesa merced de esa punta, señora mía, y descojámosle, porque no vea el señor Cañizares que hay engaño en mis palabras. Alce más, señora mía, y mire cómo es bueno de caída, y las pinturas de los cuadros parece que están vivas.

(Al alzar y mostrar el guadamecí, entra por detrás del un galán, y como CAÑIZARES ve los retratos, dice):

CAÑIZARES.

¡Oh, qué lindo Rodamonte! ¿Y qué quiere el señor rebozadito en mi casa? Aun si supiese que tan amigo soy yo destas cosas y destos rebocitos, espantarseía.

CRISTINA.

Señor tío, yo no sé nada de rebozados; y si él ha entrado en casa, la señora Hortigosa tiene la culpa, que á mí el diablo me lleve si dije ni hice nada para que él entrase. ¡No en mi conciencia! ¡Aun el diablo sería, si mi señor tío me echase á mí la culpa de su entrada!

CAÑIZARES.

Ya yo lo veo, sobrina, que la señora Hortigosa tiene la culpa; pero no hay de qué maravillarme, porque ella no sabe mi condición, ni cuán enemigo soy de aquestas pinturas.

LORENZA.

Por las pinturas lo dice, Cristinica, y no por otra cosa.

CRISTINA.

Pues por esas digo yo. ¡Ay, Dios sea conmigo! Vuelto se me ha el ánima al cuerpo, que ya andaba por los aires.

LORENZA.

Quemado vea yo ese pico de once varas. En fin, quien con muchachos se acuesta, etc.

CRISTINA.

¡Ay, desgraciada, y en qué peligro pudiera haber puesto toda esta baraja!

CAÑIZARES.

Señora Hortigosa, yo no soy amigo de figuras rebozadas ni por rebozar; tome este doblón, con el cual podrá remediar su necesidad, y váyase de mi casa lo más presto que pudiere, y ha de ser luego, y llévase su guadamecí.

HORTIGOSA.

Viva vuesa merced más años que Matute el de Jerusalén, en vida de mi señora doña... no sé cómo se llama; á quien suplico me mande, que la serviré de noche y de día con la vida y con el alma, que la debe de tener ella como la de una tortolita simple.

CAÑIZARES.

Señora Hortigosa, abrevie y váyase, y no esté agora juzgando almas ajenas.

HORTIGOSA.

Si vuesa merced hubiere menester algún pegadillo para la madre, téngolos milagrosos, y si para mal de muelas, sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano.

CAÑIZARES.

Abrevie, señora Hortigosa, que doña Lorenza ni tiene madre ni dolor de muelas, que todas las tiene sanas y enteras, que en su vida se ha sacado muela alguna.

HORTIGOSA.

Ella se las sacará placiendo al cielo; porque le dará muchos años de vida, y la vejez es la total destrucción de la dentadura.

CAÑIZARES.

¡Aquí de Dios, que no será posible que me deje esta vecinal! ¡Hortigosa ó diablo, ó vecina, ó lo que eres, vete con Dios y déjame en mi casa!

HORTIGOSA.

Justa es la demanda, y vuesa merced no se enoje, que ya me voy. *(Vase HORTIGOSA.)*

CAÑIZARES.

¡Oh, vecinas, vecinas! Escaldado quedo aún de las buenas palabras desta vecina por haber salido por boca de vecina.

LORENZA.

Digo que tenéis condición de bárbaro y salvaje. ¿Y qué ha dicho esta vecina para que quedéis con ojeriza contra ella? Todas vuestras buenas obras las hacéis en pecado mortal. Dístese dos docenas de reales acompañados con otras dos docenas de injurias; ¡boca de lobo, lengua de escorpión y silo de malicias!

CAÑIZARES.

No, no, á mal viento va esta parva; no me

parece bien que volváis tanto por vuestra vecina.

CRISTINA.

Señora tía, éntrese allá dentro y desenójese, y deje á tío, que parece que está enojado.

LORENZA.

Así lo haré, sobrina; y aun quizá no me verá la cara en estas dos horas, y á fe que yo se la dé á beber por más que la rehuse. *(Entrase DOÑA LORENZA.)*

CRISTINA.

Tío, ¿no ve cómo ha cerrado de golpe? Y creo que va á buscar una tranca para asegurar la puerta.

(DOÑA LORENZA por dentro):

¡Cristinica! ¡Cristinica!

CRISTINA.

¿Qué quiere, tía?

LORENZA.

¡Si supieses qué galán me ha deparado la buena suerte! Mozo, bien dispuesto, pelinegro y que le huele la boca á mil azahares.

CRISTINA.

¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! ¿Está loca, tía?

LORENZA.

No estoy sino en todo mi juicio; y en verdad que si le vieses, que se te alegrase el alma.

CRISTINA.

¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Ríñala, tío, porque no se atreva, ni aun burlando, á decir deshonestidades.

CAÑIZARES.

¿Bobeas, Lorenza? Pues á fe que no estoy yo de gracia para sufrir esas burlas.

LORENZA.

Que no son sino veras y tan veras, que en este género no pueden ser mayores.

CRISTINA.

¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Y dígame, tía, ¿está ahí también mi frailecito?

LORENZA.

No, sobrina; pero otra vez vendrá, si quiere Hortigosa, la vecina.

CAÑIZARES.

Lorenza, dí lo que quisieres; pero no tomes en tu boca el nombre de vecina, que me tiemblan las carnes en oírle.

LORENZA.

También me tiemblan á mí por amor de la vecina.

CRISTINA.

¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías!

LORENZA.

Ahora echo de ver quién eres, viejo mal-

dito, que hasta aquí he vivido engañada contigo.

CRISTINA.

Ríñala, tío; ríñala, tío, que se desvergüenza mucho.

LORENZA.

Lavar quiero á un galán las pocas barbas que tiene con una bacía llena de agua de ángeles, porque su cara es como la de un ángel pintado.

CRISTINA.

¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Despedácela, tío.

CAÑIZARES.

No la despedazaré yo á ella, sino á la puerta que la encubre.

LORENZA.

No hay para qué; véla aquí abierta; éntre y verá cómo es verdad cuanto le he dicho.

CAÑIZARES.

Aunque sé que te burlas, sí, entraré para desenojarte.

(Al entrar CAÑIZARES danle con una bacía de agua en los ojos; él vase á limpiar; acuden sobre él CRISTINA y DOÑA LORENZA, y en este interin sale el galán y vase.)

CAÑIZARES.

Por Dios, que por poco me cegarás, Lorenza. Al diablo se dan las burlas que se arremeten á los ojos.

LORENZA.

Mirad con quién me casó mi suerte, sino con el hombre más malicioso del mundo. Mirad cómo dió crédito á mis mentiras por su... fundadas en materia de celos. Que menoscabada y asendereada sea mi ventura. Pagad vosotros, cabellos, las deudas deste viejo. Llorad vosotros, ojos, las culpas deste maldito. Mirad en lo que tiene mi honra y mi crédito, pues de las sospechas hace certezas, de las mentiras, verdades, de las burlas, veras, y de los entretenimientos, maldiciones. ¡Ay, que se me arranca el alma!

CRISTINA.

Tía, no dé tantas voces, que se juntará la vecindad.

(De dentro.)

JUSTICIA.

Abran esas puertas; abran luego, si no echárelas en el suelo.

LORENZA.

Abre, Cristinica, y sepa todo el mundo mi inocencia y la maldad deste viejo.

CAÑIZARES.

¡Vive Dios!, que creí que te burlabas. Lorenza, calla.

Entran el ALGUACIL y los MÚSICOS y el BAILARÍN y HORTIGOSA.

ALGUACIL.

¿Qué es esto? ¿Qué pendencia es esta? ¿Quién daba aquí voces?

CAÑIZARES.

Señor, no es nada; pendencias son entre marido y mujer, que luego se pasan.

MÚSICO.

Por Dios, que estábamos mis compañeros y yo, que somos músicos, aquí pared y medio en un desposorio, y á las voces hemos acudido, con no pequeño sobresalto, pensando que era otra cosa.

HORTIGOSA.

Y yo también en mi ánima pecadora.

CAÑIZARES.

Pues en verdad, señora Hortigosa, que si no fuera por ella, que no hubiera sucedido nada de lo sucedido.

HORTIGOSA.

Mis pecados lo habían hecho; que soy tan desdichada que, sin saber por dónde ni por dónde no, se me echan á mí las culpas que otros cometen.

CAÑIZARES.

Señores, vuestas mercedes todos se vuelvan norabuena, que yo les agradezco su buen deseo, que ya yo y mi esposa quedamos en paz.

LORENZA.

Si quedaré como le pida perdón primero á la vecina si alguna cosa mala pensó contra ella.

CAÑIZARES.

Si á todas las vecinas de quien yo pienso mal hubiese de pedir perdón, sería nunca acabar; pero con todo eso, yo se le pido á la señora Hortigosa.

HORTIGOSA.

Y yo le otorgo para aquí y para delante de Pero García.

MÚSICO.

Pues en verdad que no habemos de haber venido en balde; toquen mis compañeros y baile el bailarín, y regocijense las paces con esta canción.

CAÑIZARES.

Señores, no quiero música; yo la doy por recibida.

MÚSICOS.

Pues aunque no la quiera.

El agua de por San Juan,
quita vino y no da pan;
las riñas de por San Juan,
todo el año paz nos dan.
Llover el trigo en las eras,
las viñas estando en cierce,
no hay labrador que gobierne
bien sus cubas y paneras;
mas las riñas más de veras,
si suceden por San Juan,
todo el año paz nos dan.

(Baila.)

Por la canícula ardiente
está la cólera á punto;

pero pasando aquel punto,
menos activa se siente.
Y así el que dice, no miente,
que las riñas por San Juan
todo el año paz nos dan.

(Baila.)

Las riñas de los casados,
como aquesta siempre sean,
para que después se vean
sin pensar regocijados.
Sol que sale tras nublados
es contento tras afán.

Las riñas de por San Juan
todo el año paz nos dan.

CAÑIZARES.

Porque vean vuestas mercedes las ¹ vueltas
y revueltas en que me ha puesto una vecina
y si tengo razón de estar mal con las vecinas.

LORENZA.

Aunque mi esposo está mal con las vecinas,
yo beso á vuestas mercedes las manos, señoras
vecinas.

CRISTINA.

Y yo también; mas si mi vecina me hubiera
traído mi frailecico, yo la tuviera por mejor
vecina; y adiós, señoras vecinas.

9

IX.—Entremés de los Habla-
dores. ²

HABLAN LAS PERSONAS SIGUIENTES

Un PROCURADOR; SARMIENTO; ROLDÁN; DOÑA BEATRIZ;
INÉS, su criada; un ALGUACIL; un ESCRIBANO; un COR-
CHETE.

Salen un PROCURADOR y SARMIENTO, y detrás ROLDÁN en há-
bito roto, cuera, espada y calcillas.

SARMIENTO.

Tome, señor procurador, que ahí van los
docientos ducados, y doy palabra á vuesa mer-
ced que, aunque me costara cuatrocientos, hol-
gara que fuera la cuchillada de otros tantos
puntos.

PROCURADOR.

Vuesa merced ha hecho como caballero en
dársela, y como cristiano en pagárselo; yo llevo
el dinero, contento de que me descansa y él
se remedie.

ROLDÁN.

¡Ah, caballero! ¿Es vuesa merced procura-
dor?

PROCURADOR.

Sí soy; ¿qué manda vuesa merced?

¹ En la edición príncipe léese *revueltas y vueltas*.

² En la séptima parte de las *Comedias de Lope de Vega*.
Madrid, 1617. Sin el nombre de Cervantes, que sólo consta
en ediciones posteriores.

ROLDÁN.

¿Qué dinero es ése?

PROCURADOR.

Dámele este caballero para pagar la parte
quien dió una cuchillada de doce puntos.

ROLDÁN.

Y ¿cuánto es el dinero?

PROCURADOR.

Docientos ducados.

ROLDÁN.

Vaya vuesa merced con Dios.

PROCURADOR.

Dios guarde á vuesa merced.

ROLDÁN.

¡Ah, caballero!

SARMIENTO.

¿Á mí, gentil hombre?

ROLDÁN.

Á vuesa merced digo.

SARMIENTO.

Y ¿qué es lo que manda?

ROLDÁN.

Cúbrase vuesa merced, que no hablaré pa-
labra.

SARMIENTO.

Ya estoy cubierto.

ROLDÁN.

Señor mío, yo soy un pobre hidalgo, aunque
me he visto en honra. Tengo necesidad, y he
sabido que vuesa merced ha dado docientos
ducados á un hombre á quien habrá dado una
cuchillada; y por si vuesa merced tiene deleite
en darlas, vengo á que vuesa merced me dé
una adonde fuere servido, que yo lo haré con
cincuenta ducados menos que otro.

SARMIENTO.

Si no estuviera tan mohino, me obligara á
reír. ¿Vuesa merced dícelo de veras? Pues
venga acá; ¿piensa que las cuchilladas se dan
sino á quien las merece?

ROLDÁN.

Pues ¿quién las merece como la necesidad?
¿No dicen que tiene cara de hereje? Pues ¿dón-
de estará mejor una cuchillada que en la cara
de un hereje?

SARMIENTO.

Vuesa merced no debe ser muy leído, que
el proverbio latino no dice sino que *necesitas
caret lege*, que quiere decir que la necesidad
carece de ley.

ROLDÁN.

Dice muy bien vuesa merced, porque la ley
fué inventada para la quietud; y la razón es el
alma de la ley; y quien tiene alma, tiene poten-
cias. Tres son las potencias del alma: memo-

ria, voluntad y entendimiento. Vuesa merced
tiene muy buen entendimiento, porque el en-
tendimiento se conoce en la fisonomía, y la de
vuesa merced es perversa por la concurrencia
de Saturno y Júpiter, aunque Venus le mira en
cuadro, en la decanoria ¹ del signo ascendente
por el horóscopo.

SARMIENTO.

¡Por el diablo que aquí me trajo, esto es lo
que yo había menester después de haber pa-
gado docientos ducados por la cuchillada!

ROLDÁN.

¿Cuchillada dijo vuesa merced? Está bien
dicho. Cuchillada fué la que dió Caín á Abel
su hermano, aunque entonces no había cuchil-
los; cuchillada fué la que dió Alejandro Magno
á la reina Patasilea, sobre quitalle á Zamora la
bien cercada; y asimismo Julio César al conde
don Pedro Anzures sobre el jugar á las tablas
con dos Gaíferos entre Cabañas y Olías. Pero
advierta vuesa merced que las heridas se dan
de dos maneras, porque hay traición y alevosía:
la traición se comete al rey; la alevosía
contra los iguales, por las armas lo han de ser;
y si yo riñere con ventaja; porque dice Car-
ranza en su filosofía de la espada y Terencio
en la conjuración de Catilina...

SARMIENTO.

¡Váyase con el diablo, que me lleva sin ju-
icio! ¿No echa de ver que me dice bernardinas?

ROLDÁN.

¿Bernardinas dijo vuesa merced?, y dijo muy
bien, porque es muy lindo nombre; y una mu-
jer que se llamase Bernardina, estaba obligada
á ser monja de San Bernardo; porque si se
llamase Francisca no podía ser, que las Fran-
ciscas tienen cuatro efes; la F es una de las
letras del A B C; las letras del A B C son vein-
titrés; la K sirve en castellano cuando somos
niños, porque entonces decimos la K K, que
se compone de dos veces esta letra K; dos ve-
ces pueden ser de vino; el vino tiene grandes
virtudes: no se ha de tomar en ayunas ni aguado,
porque las partes raras del agua penetran
los poros y se suben al cerebro, y entrando
puros...

SARMIENTO.

Téngase, que me ha muerto; y pienso que
algún demonio tiene revestido en esa lengua.

ROLDÁN.

Dice vuesa merced muy bien, porque quien
tiene lengua á Roma va. Yo he estado en Roma
y en la Mancha, en Transilvania y en la Puebla
de Montalván. Montalván era un castillo, de
donde era señor Reinaldos. Reinaldos era uno
de los doce Pares de Francia, y de los que
comían con el emperador Carlo Magno en la
mesa redonda, porque no era cuadrada ni
ochavada. En Valladolid hay una placetilla que
llaman el Ochavo. Un ochavo es la mitad de

¹ Los modernos corrigen «decadencia», que parece más
claro.

un cuarto. Un cuarto se compone de cuatro veces un maravedí. El maravedí antiguo valía tanto como agora un escudo. Dos maneras hay de escudos: hay escudos de paciencia y hay escudos...

SARMIENTO.

¡Dios me la dé para sufrille! Téngase, que me lleva perdido.

ROLDÁN.

Perdido dijo vuesa merced, y dijo muy bien, porque el perder no es ganar. Hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija ó un lienzo, perder...

SARMIENTO.

¡Acabe con el diablo!

ROLDÁN.

¿Diablo dijo vuesa merced?, y dijo muy bien; porque el diablo nos tienta con varias tentaciones; la mayor de todas es la de la carne. La carne no es pescado. El pescado es flemoso. Los flemáticos no son coléricos. De cuatro elementos está compuesto el hombre: de cólera, sangre, flema y melancolía. La melancolía no es alegría, porque la alegría consiste en tener dineros. Los dineros hacen á los hombres; los hombres no son bestias; las bestias pacen; y, finalmente...

SARMIENTO.

Y, finalmente, me quitará vuesa merced el juicio ó poco podrá; pero le suplico en cortesía me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me caeré muerto.

ROLDÁN.

¿Qué manda vuesa merced?

SARMIENTO.

Señor mío; yo tengo una mujer, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde que hubo mujeres en el mundo. Es de suerte lo que habla, que yo me he visto muchas veces resuelto á matalla por las palabras, como otros por las obras. Remedios he buscado; ninguno ha sido á propósito. A mí me ha parecido que si yo llevase á vuesa merced á mi casa, y hablase con ella seis días arreo, me la pondría de la manera que están los que comienzan á ser valientes delante de los que ha muchos días que lo son. Véngase vuesa merced conmigo; suplicóselo, que yo quiero fingir que vuesa merced es mi primo, y con este achaque tendrá á vuesa merced en mi casa.

ROLDÁN.

¿Primo, dijo vuesa merced? ¡Oh, qué bien que dijo vuesa merced! Primo, decimos al hijo del hermano de nuestro padre; primo, á un zapatero de obra prima; prima, es una cuerda de una guitarra; la guitarra se compone de cinco órdenes. Las órdenes mendigantes son cuatro. Cuatro son los que no llegan á cinco; con cinco estaba obligado á reñir antiguamen-

te el que desafiaba de común; como se vió en don Diego Ordóñez, y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el rey don Sancho...

SARMIENTO.

¡Téngase, téngase por Dios, y véngase conmigo, que allí dirá lo demás!

ROLDÁN.

Camine delante vuesa merced, que yo le pondré esa mujer en dos horas muda como una piedra; porque la piedra...

SARMIENTO.

No le oiré palabra.

ROLDÁN.

Pues camine, que yo le curaré á su mujer.

(Vase SARMIENTO y ROLDÁN, y sale DOÑA BEATRIZ é INÉS, su criada.)

BEATRIZ.

¡Inés! ¡Hola, Inés! ¿Qué digo? ¡Inés, Inés!

INÉS.

Ya oigo, señora, señora, señora.

BEATRIZ.

Bellaca, desvergonzada, ¿cómo me respondéis vos con ese lenguaje? ¿No sabéis vos que la vergüenza es la principal joya de las mujeres?

INÉS.

Vuesa merced, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama docientas veces.

BEATRIZ.

¡Pícara!; el número de docientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender docientos mil, añadiéndole ceros. Los ceros no tienen valor por sí mismos...

INÉS.

Señora, yo lo tengo entendido; dígame vuesa merced qué tengo de hacer, porque haremos prosa.

BEATRIZ.

Y la prosa es para que traigáis la mesa para que coma vuestro amo, que ya sabéis que anda mohino; y una mohina en un casado es causa de que levante un garrote, y, comenzando por las criadas, remate con el ama.

INÉS.

¿Pues hay más de sacar la mesa? Voy volando.

Salen SARMIENTO y ROLDÁN.

SARMIENTO.

¡Hola!, ¿no está nadie en esta casa? Doña Beatriz, ¡hola!

BEATRIZ.

Aquí estoy, señor. ¿De qué venís dando voces?

SARMIENTO.

Mirad que traigo este caballero, soldado y

pariente mío, convidado. Acaricialde y regalalde mucho, que va á pretender á la corte ¹.

BEATRIZ.

Si vuesa merced va á la corte, lleve advertido que la corte no es para Carlos, tú encogido; porque el encogimiento es linaje de bobería, y un bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda la acción consiste...

ROLDÁN.

Quedo, quedo. Suplico á vuesa merced, que bien sé que consiste en la disposición de la naturaleza; porque la naturaleza obra por los instrumentos corporales, y va disponiendo los sentidos. Los sentidos son cinco: andar, tocar, correr y pensar y no estorbar. Toda persona que estorbare es de ignorantes, y la ignorancia consiste en no caer en las cosas. Quien cae y se levanta, Dios le da buenas pascuas. Las pascuas son cuatro: la de Navidad, la de Reyes, la de Flores y la de Pentecostés. Pentecostés es un vocablo exquisito.

BEATRIZ.

¿Cómo exquisito? Mal sabe vuesa merced de exquisitos. Toda cosa exquisita es extraordinaria. La ordinaria no admira ². La admiración nace de cosas altas. La más alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza. La más baja es la malicia, porque todos caen en ella. El caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas: el principio, el aumento y la declinación.

ROLDÁN.

Declinación dijo vuesa merced, y dijo muy bien; porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan, y los que se casan se llaman con este nombre; y los casados son obligados á quererse, amarse y estimarse, como lo manda la Santa Madre Iglesia; y la razón desto es...

BEATRIZ.

Paso, paso. ¿Qué es esto, marido? ¿Tenéis juicio? ¿Qué hombre es éste que habéis traído á mi casa?

SARMIENTO.

Por Dios que me huelgo, que he hallado con qué esquitarme. Dad acá la mesa presto, y comamos, que el señor Roldán ha de ser huésped mío seis ó siete años.

BEATRIZ.

¿Siete años? Malos años; ni una hora, que reventaré, marido.

SARMIENTO.

Él era harto mejor para serlo vuestro. ¡Hola, dad acá la comida!

INÉS.

¿Convidados tenemos? Aquí está la mesa.

¹ De estas palabras parece deducirse que el entremés se escribía fuera de ella; tal vez en Sevilla.

² Admitir en el texto antiguo.

ROLDÁN.

¿Quién es esta señora?

SARMIENTO.

Es criada de casa.

ROLDÁN.

Una criada se llama en Valencia, fadrina; en Italia, masara; en Francia, gazpirria; en Alemania, filimiquia; en la Corte, sirvienta; en Vizcaya, moscorra, y entre pícaros daifa. Ven-ga la comida alegremente, que quiero que vuestas mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

BEATRIZ.

Aquí no hay que hacer sino perder el juicio, marido, que reviento por hablar.

ROLDÁN.

¿Hablar dijo vuesa merced? Dijo muy bien; hablando se entienden los conceptos; éstos se forman en el entendimiento. Quien no entiende, no siente; quien no siente, no vive; el que no vive, es muerto; un muerto echalle en un huerto.

BEATRIZ.

¿Marido, marido!

SARMIENTO.

¿Qué quieres, mujer?

BEATRIZ.

Echadme de aquí este hombre con los diablos, que reviento por hablar.

SARMIENTO.

Mujer, tened paciencia, que hasta cumplidos los dichos siete años no puede salir de aquí; porque he dado mi palabra y estoy obligado á cumplirla ó no seré quien soy.

BEATRIZ.

¿Siete años? Primero veré yo mi muerte. ¡Ay, ay, ay!

INÉS.

Desmayóse. ¿Esto quiere ver vuesa merced delante de sus ojos? Vela ahí muerta.

ROLDÁN.

¡Jesús!, ¿de qué le ha dado este mal?

SARMIENTO.

De no hablar.

(Dentro la justicia.)

ALGUACIL.

¡Abran aquí á la justicia, abran á la justicia!

ROLDÁN.

¡La justicia! ¡Ay, triste de mí!, que yo ando huído y si me conocen me han de llevar á la cárcel.

SARMIENTO.

Pues señor, el remedio es meterse en esta estera vuesa merced, que las habían quitado

para limpiarlas, y así se podrá librar, que yo no hallo otro.

Métese en la estera ROLDÁN y salen el ALGUACIL y el ESCRIBANO y CORCHETE.

ALGUACIL.

¿Era para hoy el abrir esta puerta?

SARMIENTO.

¿Qué es lo que vuesa merced manda, que tan furioso viene?

ALGUACIL.

El señor gobernador manda que, no obstante que vuesa merced ha pagado los docientos ducados de esa cuchillada, venga vuesa merced á darle la mano á este hombre y se abracen y sean amigos.

SARMIENTO.

Querría comer agora.

ESCRIBANO.

El hombre está aquí junto; y luego se volverá vuesa merced á comer despacio.

SARMIENTO.

Vamos, y entretanto poned la mesa.

INÉS.

Vuelve en ti, señora, que si de no hablar te has desmayado, agora que estás sola hablarás cuanto quisieres.

BEATRIZ.

Gracias á Dios que agora descansaré del silencio que he tenido.

(Saque ROLDÁN la cabeza y, mirando á BEATRIZ, diga):

ROLDÁN.

¿Silencio dijo vuesa merced?, y dijo muy bien; porque el silencio fué siempre alabado de los sabios; y los sabios callan á tiempos y hablan á tiempos; porque hay tiempos de hablar y tiempos de callar; y quien calla otorga, y el otorgar es de escrituras, y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerrado siete, porque...

BEATRIZ.

Porque el diablo te lleve, hombre, y quien acá te trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo á desmayarme.

(Vuelven á salir todos.)

SARMIENTO.

Ya que se han hecho las amistades, quiero que vuestas mercedes beban con una caja. Hola, dad acá la cantimplora y aquella perada.

BEATRIZ.

¿Agora nos metéis en eso? ¿No veis que estamos ocupados sacando¹ estas esteras? Muestra el palo, y tú con esotro démosle[s] hasta que queden limpias.

ROLDÁN.

Paso, paso, señoras; que bien entendí que

¹ Así en el original; quizá sea «sacudiendo».

hablaban mucho, pero no que jugaban de mano.

ALGUACIL.

Oiga, ¿qué es esto? ¿No es aquel bellaco de Roldanejo el hablador que hace las maulas?

ESCRIBANO.

El mismo.

ALGUACIL.

Sed preso, sed preso.

ROLDÁN.

¿Preso dijo vuesa merced?, y dijo muy bien, porque el preso no es libre, y la libertad...

ALGUACIL.

Que no, no, aquí no ha de valer la habladería; vive Dios que habéis de ir á la cárcel.

SARMIENTO.

Señor alguacil, suplico á vuesa merced que por haberse hallado en mi casa, esta vez no se [le] lleve, que doy palabra á vuesa merced de darle con que se vaya del lugar en curándome á mi mujer.

ALGUACIL.

Pues ¿de qué la cura?

SARMIENTO.

Del hablar.

ALGUACIL.

Y ¿cómo?

SARMIENTO.

Hablando; porque como habla tanto, la enmudece.

ALGUACIL.

Soy contento por ver ese milagro; pero ha de ser con condición, que si la diere sana, me avise vuesa merced luego, porque le lleve á mi casa, que tiene mi mujer la propia enfermedad, y me holgaría que me la curase de una vez.

SARMIENTO.

Yo avisaré con lo que hubiere.

ROLDÁN.

Yo sé que la dejaré bien curada.

ALGUACIL.

¡Vete, pícaro hablador!

SARMIENTO.

No me desagrada el verso.

ALGUACIL.

Pues si no le desagrada, oiga, que yo tengo alguna instancia de poesía.

ROLDÁN.

Oiga, ¿poesía han dicho vuestas mercedes? Pues reparo que por Dios que la han de llevar de puño.

(Hácese la salva y van diciendo las glosas):

ALGUACIL.

La condición del hablar,
más parece tentación

BEATRIZ.

Yo la acabaré, detente.

ROLDÁN.

Por hablar; ¡traza sutil!

BEATRIZ.

Repáre, señor pariente:

Vete adonde tu rumor
no suene para tu mengua;
y pues se sabe tu flor,
vete, enfermo de la lengua,
«vete, pícaro hablador».

ROLDÁN.

Oigan y repáren vuestas mercedes, que no será peor la mía:

Aquí he venido á curar
una mujer habladora,
que nunca supo callar,
á quien pienso desde agora
enmudecer con hablar.
Convídame este señor,
comence¹ yo en rigor,
aunque diga su mujer,
por no me dar de comer,
«vete, pícaro hablador».

(Vánse todos dándose vaya, con que se da fin.)

¹ Quizá deba leerse «y comeré».